

12

SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE BENDICIÓN

DE LA

Iglesia de Nuestra Señora del Roble

DE MONTERREY

PREDICÓ EL ILLMO. SR. DR. Y MAESTRO

D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,

Obispo de Linares,

EL DÍA 8 DE SETIEMBRE DE 1884.



BT660

.R6

M6

c.1

MONTERREY.

de Antonio Sada, calle de Abasolo, núm. 36.

1884

060

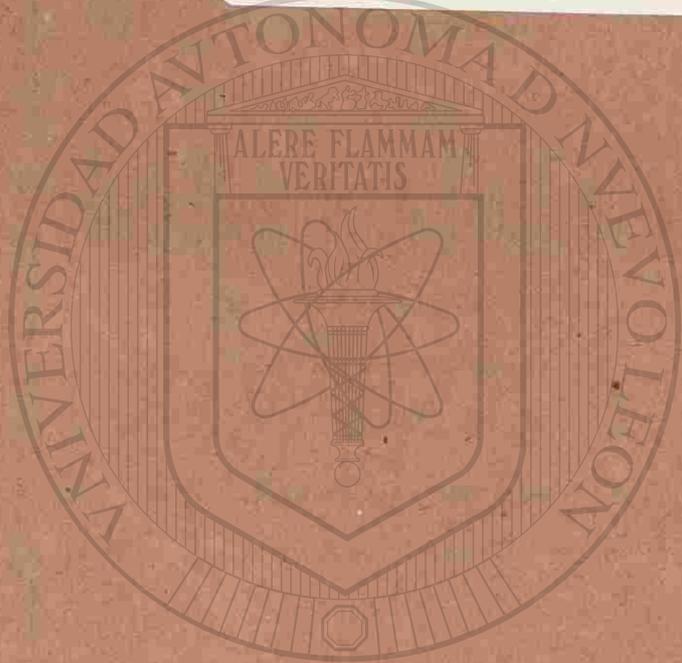


B
.F
M
C.

005 060



1080027578



SERMON

QUE
EN LA SOLEMNE BENDICIÓN
DE LA

Iglesia de Nuestra Señora del Roble

DE MONTERREY

PREDICÓ EL ILLMO. SR. DR. Y MAESTRO

D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN

EL DÍA 8 DE SETIEMBRE DE 1884.



FONDO ENCANTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
MONTERREY.

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

Imprenta de Antonio Sada, calle de Abasolo, núm. 36.

1884

BT660

.RG

M6



042210

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aedificavit domum suam super petram.
Edificó su casa sobre piedra.

MATTH. VII, 24.



UESTRO Señor Jesucristo fundó de tal manera su Iglesia, que, perfecta desde el principio, fuese, no obstante, susceptible de aumento y de mayor perfección hasta la consumación de los siglos. Así lo insinúa el venerable Beda, aunque refiriéndose tan sólo a la virtud de la humildad, cuando nos dice que Nuestro Divino Salvador quiere expresamente que su Iglesia, por mucho que haya aumentado el número de sus hijos, por dilatadas que sean las comarcas que haya reducido bajo su imperio, crezca continuamente más y más hasta el fin del mundo. *Ecclesiam suam, quantalibet numerositate iam dilatatam, tamen usque ad finem mundi humilitate vult crescere.*

Los templos de la Nueva Ley, que no sin razón apellidamos *Iglesias*, son, así en su conjunto como en sus pormenores, viva imagen de la Iglesia de Jesucristo. El sagrado recinto significa la congregación de los fieles; las paredes, las Iglesias particulares; las piedras los fieles individualmente; los cimientos representan á Cristo mismo y á los doce Apóstoles, en especial á Pedro. Es figura el campanario, por una parte de la Sagrada Escritura, verdadera torre de la Iglesia; por otra del Prelado, pastor y predicador, que sobre todos descuella, y debe ser de todos refugio y amparo. La cruz, los candelabros, las ventanas; el coro, el púlpito, las lámparas, todo tiene su mística significación. ¿Qué es el sagrario sino la imagen de la Virgen-Madre, que llevó en su seno al mismo Dios que ahora bajo las especies de pan se encierra en el tabernáculo? ¿Qué es el altar sino el tipo de Cristo Señor nuestro, piedra angular, unguido con el Espíritu Santo?

Si así representan nuestros templos la verdadera Iglesia, ¿qué mucho que también se le asemejen en su historia? De esta suerte, casi no hay un templo en la Cristiandad que se pueda considerar acabado, ó que por lo menos no sea susceptible de ulterior ensanche, adorno y perfección. La soberbia Catedral de Colonia, como to-

005060

dos sabéis, por muchos siglos estuvo sin la elevada torre que se ha terminado hace poco; Florencia construyó hace cinco centurias su espléndida Basílica, con esa cúpula imponderable, que ni el mismo Miguel-Ángel pudo después superar; y hasta hace cuatro años la adornó con mármorea fachada. ¿Qué digo? San Pedro mismo, San Pedro de Roma, no puede decirse ultimado ni con mucho, siendo su primitivo diseño una cruz griega, y no formando su recinto actual más que una cruz latina, de brazos mucho más cortos que los proyectados. Y con todo, están en realidad completos esos templos; el pueblo cristiano celebró con pompa y regocijo su inauguración, y cada año la conmemora con solemnes fiestas, por más que comprenda que nuevos mármoles, y monumentos, y estatuas, les darán mucho realce; que grandes como son, no corresponden todavía á la inmensidad de Aquel cuya casa se llaman; que por mucho que se haga, mucho todavía resta que hacer.

Bien comprendéis, Señores, á donde os conducen mis reminiscencias y observaciones. Acabáis de penetrar en un templo en que no se admiran aún capiteles dorados, ni columnas de bronce ó de jaspe. Sus paredes por fuera no están pulidas, y su fachada, de estilo indefinible y defectuoso, parece al mismo tiempo vieja y no concluida; ennegrecida por los años y apenas iniciada. Por otra parte, las dimensiones exteriores no corresponden al interior, y en vano se busca la cúpula que tanto adorna y engrandece esta clase de edificios. Pero nada falta á las bóvedas que cubren las tres espaciosas naves; y en el vasto recinto, mayor aún que el de nuestra Iglesia Catedral, el ara máxima y los demás altares se destacan majestuosos y elegantes respirando grandeza y novedad. En vista de tales contrastes natural es que os preguntéis: "¿Á qué hemos venido? Á admirar los progresos de un edificio en construcción, ó á la dedicación de un templo ya terminado? Si lo primero, ¿por qué tanta solemnidad y tanta algazara? Si lo segundo ¿por qué se ha renunciado á dar á la Basílica las dimensiones del primitivo proyecto?"

No me sorprenden vuestras dudas; pero las breves palabras que habéis escuchado de mis labios os habrá sugerido ya la respuesta. El templo está acabado. Fundado á semejanza de la Iglesia de que es figura, sobre sólida roca; construido con bien cuadradas piedras, es ya digno de servir de morada á la Divinidad. A semejanza también de la Iglesia, debe todavía dilatarse más, extenderse más, adornarse más. Ved ahí en el ábside provisional, trazadas por pincel de maestro, la futura cúpula y la cabeza de la cruz, tales como se levantarán un día, si el templo místico de vuestra religiosidad continúa tan firme como hasta aquí. Habéis venido, pues, á celebrar la dedicación de un templo, y de un templo suntuoso; pero también os he invitado á contemplar los trabajos llevados á cabo hasta el día, para que cobréis nuevas fuerzas, y sigáis con tezon contribuyendo á la obra grandiosa, hasta dejarla, en cuanto es posible, ultimada.

Al asistir á la inauguración de la nueva Iglesia que hoy consagramos á la Divinidad (os diré con San Agustín) comprendo que es preciso tributar á Dios Nuestro Señor homenajes de sublime alabanza, y dirigir á vuestra piedad un discurso apropiado á las circunstancias. *Dum novam constructionem sanctae huius Ecclesiae libenter attendimus, quam divino nomini hodie dedicamus, invenimus a nobis deberi et Deo nostro maximam laudem, et sanctitati vestrae congruum de divinae domus aedificatione sermonem.* La edificación de esta divina Casa, fundada como la del Evangelio sobre sólida piedra, será naturalmente el tema de ambos puntos de mi discurso; pero en el primero me referiré principalmente á la construcción material, y en el segundo trataré de preferencia de vuestra edificación espiritual.

¡Virgen santa, venerada con especial culto en esta augusta Basílica! A tu amparo se debe la construcción de este templo santísimo: á tu auxilio deba yo en este día la edificación de mi pueblo, que te saluda con filial ternura.

AVE MARÍA.

K.

La Santa Iglesia, en los divinos oficios que nos prescribe para estas solemnidades, nos hace repetir á cada instante una expresiva antifona, compuesta, parte con la sentencia de la Escritura que he tomado por texto, parte con palabras de la misma Iglesia. "Esta es la casa del Señor firmemente construida, bien fundada se halla sobre sólida piedra" cantamos á la hora de matines, repetimos á la de laudes, y volvemos á entonar á las de prima y de tercia, de sexta y de nona. *Haec est domus Domini firmiter aedificata, benefundata est supra firmam petram*, rezamos en la misa; y en vísperas tornamos á cantarlo más de una vez. No extrañéis, por tanto, que lleno mi corazón de estas palabras, y abundando en su sentido, no sólo me asomen á los labios á cada momento, sino que me sirvan como de pauta y de guía, al hablaros de la Basílica que hoy dedicamos.

No es, en efecto, la casa de un hombre ni la propiedad de una criatura la que acabo de rociar con agua lustral. Aunque algo se parezcan las ceremonias que habéis presenciado esta mañana, y las bendiciones con que el sábado de gloria se santifican las casas de los particulares, ó en todo tiempo se inaugura entre cristianos un nuevo edificio, un puente, una calzada, un ferrocarril, muy diverso es el alcance de las místicas preces, diversas son las intenciones de la Iglesia, mucho muy diversos los efectos ante Dios y el derecho. Purifican las lustraciones eclesiásticas una mansión privada; pero de ninguna manera la arrebatan á su dueño, quien puede enagenarla á su beneplácito, destruirla ó incendiarla si le pluguiere. Ruega la Iglesia, al bendecir un camino, que aparte el Señor de los que por él transitan, todo peligro físico y moral; pero la vía continúa siendo propiedad del municipio, ó de la Nación, ó de los empresarios que la construyeron.

No así cuando bendice un templo. Al derramar el agua santa sobre sus paredes y pavimento, la Iglesia toma posesión del edificio á nombre de Dios Omnipotente, lo constituye propiedad exclusiva del Señor de los ejércitos, y lo sustrae al dominio de cualesquiera potestades terrenas. Libre fué el dueño primitivo del solar para darlo ó no darlo, libres fueron los constructores y contribuyentes para emplear ó no emplear su dinero en obra tan santa; pero una vez hecha la donación al soberano Dueño del universo, ya no es lícito revocarla. El que tal hiciera en todo ó en parte, se expondría á los castigos que sobre Ananías y Zafira, ó sobre el impío Heliodoro, hizo caer el cielo indignado.

No olvidéis, por tanto, que esta es Casa del Señor y no casa vuestra, *haec est domus Domini*. Reverenciadla, cuidadla y protegedla. Es propiedad de Dios; pero Él quiere que vosotros os encarguéis de guardarla: vosotros, para cuyo provecho ha consentido en venir á habitar en templos fabricados por las manos de los hombres. Bajo vuestra salvaguardia la pongo, fieles todos de Monterrey, pero sobre todo de vosotros, ¡padrinos y madrinas de esta augusta ceremonia! Á vosotros, como representantes de lo más selecto de la católica población de estas regiones; á vosotros, cuya influencia no se limita al estrecho círculo de una familia ó de un hogar, á vosotros os hemos convidado, no sólo por gratitud ó cortesía, sino para constituíros guardianes especiales del nuevo templo.

Apenas vuestros hijos ó nietos empiezen á caminar con vacilante paso, ó á balbutir las primeras palabras, conducidlos sin demora á esta Casa de oración y, mostrándoles el augusto tabernáculo, decidles: amad esta mansión sagrada más todavía que á nosotros mismos, porque es la Casa del Señor; *haec est domus Domini*.

Quando de tierras más ó menos lejanas, vengán viajeros á visitaros y visitar vuestra ciudad, no dejéis de conducirlos á este grandioso edificio; y haciéndoles admirar sus gigantescas bóvedas de bien cimentadas piedras, decidles: esta es la casa que la religiosidad de nues-

tros conciudadanos, en los tiempos al parecer menos propicios, edificó al Señor nuestro Dios: *haec est domus Domini.*

Si, lo que Dios no quiera, manos codiciosas ó impías pretendieren destinar á usos profanos el sagrado edificio, formad con vuestros cuerpos, frente á la entrada, impasable barrera, y detened al osado que intentare avanzar, clamando valerosos con voz de trueno: ¡atrás, desdichados! Esta es la Casa del Señor, y del Señor tan sólo. ¡Ay del que avance á profanarla! *Haec est domus Domini.*

¡Oh, qué consuelo para los pobres mortales el poseer en medio de nosotros la Casa del Señor! ¡Qué alivio para el desdichado, sin hogar ni techo, el poder penetrar en la sagrada mansión del que es su padre y su Dios, y allí derramar sus lágrimas y plegarias, sin temor de que manos orgullosas lo arrojen del sagrado recinto! ¡Qué dulce placer para un creyente el poder entretenerse largas horas en dulces coloquios con Jesús sacramentado, presente día y noche bajo las especies eucarísticas!

¡Y qué motivo de legítimo orgullo para los habitantes todos de esta ciudad y diócesi, el ver que la morada que se ha levantado al Omnipotente no es yo una choza insignificante, ni una capilla ú oratorio de raquíticas dimensiones, sino una Basílica, una verdadera Basílica, aun sin la porción considerable que todavía no se termina, y que oculta el ábside provisorio que tenéis á la vista!

Habrán llegado á vuestros oídos los reproches que á menudo nos dirigen extranjeros malévolos ó compatriotas ignorantes. “Nada sabe hacer, nos dicen, esta generación. Sirve, sí, para derribar Iglesias ó venderlas á bajo precio á enemigos del culto y de la patria. Pero ¿qué edificios dignos de tal nombre, sagrados ó profanos, ha construido?”

Cuando tal os echen en cara, traedlos á la Basílica del Roble; mostradles esos profundos cimientos, esos gruesos muros de sólida cantería, esas elevadas bóvedas de piedra tan ligera como fuerte, que de propósito he mandado que quede descubierta, para hacer patente la soli-

dez del edificio; mostrádselo todo y decidles: ¿Nada hace la generación presente? Ved ahí una prueba de que, con menos elementos que las que le precedieron, en circunstancias totalmente adversas, ha llevado á cabo una obra digna de la fe antigua, ha construido un templo firmemente edificado que durará largos años, y del cual no se avergonzará ninguna generación, ninguna raza, ninguna nación. *Haec est domus Domini firmiter aedificata.*

Hace treinta años que mi venerable Predecesor puso la primera piedra del edificio que hoy dedicamos al culto del Señor. Grandioso fué el proyecto desde el principio, y después se reformó bajo un plan todavía más vasto, como vosotros, Señores, sabéis mejor que yo. ¡Cuántos obstáculos no se opusieron á la realización de la empresa, apenas se habían abierto los cimientos! ¡Qué tiempos tan aciagos sobrevinieron, que obligaron á suspender los trabajos, y habrían desanimado á cualquiera menos constante y esforzado que vuestros padres y vosotros! Pero, pasada apenas la tempestad, se continuó la obra sin variar en lo esencial el plan primitivo, á pesar de las muchas razones que sugerían que se abandonasen proyectos irrealizables por grandes, y se resolviese la construcción de un oratorio humilde. Gracias al cielo, quebrantó la constancia de directores ni contribuyentes, y hoy podemos exclamar llenos de regocijo: *haec est domus Domini firmiter aedificata.*

Hace seis años, que visitando accidentalmente esta ciudad, de que aún no era yo Prelado, tuve la satisfacción de predicar en honor de Nuestra Señora del Roble, en este mismo recinto en que ahora os dirijo la palabra. Sus paredes ya se elevaban majestuosas; pero no nos cubría más bóveda que la del azulado firmamento. Año y medio después, al tomar posesión de esta sede á que acababa de nombrarme el reinante Pontífice, en este templo del Roble me dirijisteis las primeras felicitaciones, y recibí vuestros primeros homenajes. Empezaba ya entonces á tenderse el techo; y desde ese día vuestras limosnas, socorros inesperados de piadosos bienhechores, y más que todo, la protección no desmentida de la Vir-

gen sacrosanta, nos permitieron continuar los trabajos con tal actividad, que hoy podemos exclamar agradecidos: Venid á la Casa del Señor, construida con tanta prontitud como solidez; *hæc est domus Domini firmiter aedificata.*

Al terminarse las bóvedas de las naves; al ver abierto delante de mí el inmenso círculo que ha de coronar la cúpula, vacilé un instante sobre el partido que debía tomar. ¿Convenía, como no faltó quien me sugiriera, dejar la imagen de Nuestra Señora en su oratorio antiguo, sin trasladarla hasta la terminación del cimborrio? Esto equivalía á aguardar diez ó veinte años; á dejar entretanto inútil esta vastísima Iglesia; á correr el riesgo de que el desaliento cundiera entre los donantes, viendo que en tanto tiempo nada se concluía.

¿Convenía, como otros opinaban, abrir al culto el nuevo templo en toda su extensión, pero dejando descubierta el espacio que ha de llenar la cúpula, para que los fieles, al arrodillarse entre el polvo, viendo andamios y maromas, alarifes y canteros, se estimularan más y más á contribuir á trabajos no interrumpidos? Así ví yo en mi infancia la que es ahora Catedral de León; y confieso que la lluvia mojando el pavimento y bañando á los fieles, los rotos cantos y montones de argamasa, interponiéndose entre el altar y la piadosa muchedumbre, dejaron en mí una impresión tan desagradable, que deseché al instante un proyecto, á mi ver poco acomodado al decoro del culto, y muy á propósito para desterrar de esta Iglesia aun á los más devotos.

Un medio adopté entre ambos extremos; y se me figura que he tenido razón. Cuando visité la última vez la Eterna Ciudad, grandes trabajos se habían emprendido en la Basílica Lateranense, llamada no sin razón Madre y Cabeza de todas las Iglesias del Orbe: *omnium Ecclesiarum Mater et Caput.* ¿Por ventura se desterró al Cabildo de su coro, y se cerraron las puertas á los fieles? Muy lejos de eso, un muro provisorio dividió á los obreros, del Clero y del pueblo devoto; y mientras de un lado se entonaba sin cesar la acostumbrada salmodia, del

otro resonaban asíduos martillo y escoplo, sin que ni el culto ni los trabajos se interrumpieran ó estorbaran mutuamente. Algo parecido se practicó en mi ciudad natal durante los largos años que se estuvo fabricando la cúpula de la Iglesia de la Compañía, que no tiene rival en el país, y de que quiero que sea digna hermana, aunque menor, la del Santuario del Roble de Monterrey.

No he procedido, pues, llevado de puras teorías, sino fundado en la práctica y en la experiencia, al inaugurar el templo, tal como hoy se encuentra, y al ocultar los trabajos que van á emprenderse, tras de la cortina de piedra á que se apoya actualmente el altar mayor. Y si alguno, condolido por unos cuantos centenares de pesos gastados en un muro destinado á derribarse muy pronto; si alguno preguntare: ¿para qué tamaño desperdicio, *ad quid perditio hæc?*, yo le responderé: no es desperdicio lo que contribuye grandemente al decoro de la Casa de Dios. No es desperdicio lo gastado en una pared que cierra este Santuario, dejándolo aun así, mayor que nuestra Catedral; que pone á los fieles al abrigo de todo peligro de un desplome; de la caída de una piedra homicida; de la lluvia, y del polvo, y del vendaval. No es desperdicio una pared que permitirá á los obreros trabajar todo el día, sin cesar á la hora de los divinos oficios, y á los fieles dejará rezar pacíficamente, no sólo un momento por la mañana y al caer la tarde, sino desde la aurora hasta la noche, aunque tras del altar rechine la madera y crujan los cables, grite el peón y clame el sobrestante.

Pero quienquiera que pase el muro divisorio, podrá oír el ruido y el clamoreo, y contemplar la actividad de los no interrumpidos trabajos. Quienquiera que, desde el centro de la Iglesia, levante los ojos, podrá ver la bien pintada perspectiva que representa el gran Santuario, tal como quedará cuando se haya ultimado. ¿Quién habrá entonces tan duro, que al examinar detenidamente cuanto se ha hecho, cuanto se está haciendo, cuanto resta que hacer, no se sienta movido á duplicar, y aun centuplicar, su óbolo acostumbrado? Así, lo que parece desperdicio de pocos centenares, no es sino el medio de

atraer muchos miles. Es como la cimbra y los andamios, que aunque destinados á demolerse, son necesarios para la construcción.

Entretanto la sagrada imagen de la Virgen Santísima, á que por tantos años habéis tributado un culto tan singular morará en un trono y en un templo, más digno de la augusta Señora que representá. Morará como reina y soberana, rodeada de vistosa corte y circundada de graciosos altares. He querido, Señores, dejaros en este espléndido Santuario, que me ha tocado la dicha de dedicar al Señor, un recuerdo vivo y permanente de algunos de vuestros Obispos. En un altar se venerará la soberbia pintura de María Santísima de Guadalupe, que perteneció al segundo Prelado de Linares, el Illmo, Sr. D. Fray Rafael Verger. Este digno Pontífice, cuyos beneficios á esta población fueron tantos y tan grandes, que ni el tiempo ni la codicia han podido borrarlos totalmente, quiso que este cuadro de su predicación recibiera culto perpétuo en la capilla de la que era entonces su casa, y en lo futuro debía ser seminario. Pero ¿qué hay perpétuo en nuestro suelo, ni qué voluntad se respeta? Manos rapaces han disipado los fondos consagrados á un culto tan grato para todo mexicano, é injustos poseedores retienen la casa y capilla destinadas al culto de la ciencia y á la veneración de la sagrada imagen. Privado, por fuerza mayor, de cumplir á la letra con la voluntad de mi venerado Antecesor, me he visto obligado á interpretarla, trayendo la dulce efigie al lugar donde mejor recibirá el culto y los homenajes que deseaba su piadoso dueño. La confío á vosotros ¡oh fieles de Monterrey! ¿Aceptáis el legado de un Obispo á quien, entre otros muchos beneficios, debe esta ciudad la introducción del agua con que aun hoy día apagáis vuestra sed?

Más todavía que al Santo de su nombre, mi lamentado inmediato Predecesor profesó devoción tiernísima al Protomártir del sigilo de la confesión, al insigne canónigo y gloria de Praga, San Juan Nepomuceno, patrono de la honra y buena fama. Donde quiera que pudo le

erigió altares; en público y en privado fomentó su culto, dió su nombre al Colegio por él fundado; pronunció con el Cabildo un voto perpétuo de tributarle cada mes y cada año insigne homenaje en la Catedral; y por último, proyectaba, á la primera oportunidad, levantarle una Iglesia. En memoria, pues, de vuestro llorado Obispo, el Illmo. Sr. Dr. D. Francisco de Paula Vereá, he erigido un altar al ilustre sacerdote de Nepomuk; y ahí tenéis su estatua, recién venida de la remota Alemania.

Hay un Santo muy venerado en todo México. Dondequiera se ven sus imágenes; dondequiera hay altares dedicados á su nombre; muchas Iglesias se levantan á él consagradas, y no pocos pueblos é insignes ciudades lo reconocen por patrono. Y con razón. Fuera del patrocinio dispensado desde el cielo, sus hijos dieron á nuestra patria más gloria y renombre que cualquiera otra corporación. Por centenares se cuentan los escritores salidos de su seno durante dos siglos, cuyas obras son leídas y celebradas, no por un puñado de admiradores ó un partido apasionado, sino por generaciones enteras, y por naciones que sólo por ellas concen y respetan á México. Los mejores colegios de nuestro país á ellos se deben; muchas de las mejores Iglesias, ellos las fabricaron; muchas tribus y pueblos por ellos vieron la luz del Evangelio.

Y ¡cosa extraña! ese insigne santo, á quien, como fuente y origen de tamaños beneficios, debemos tanta gratitud, no tiene en estas fronteras ni un templo ni un altar; nuestro pueblo no conoce su imagen, y casi totalmente ignora su historia. Al mismo tiempo que darle el puesto de honor que se le debe, he querido que al venerar al Santo cuyo nombre de fuego lleva, aunque indigno, el Prelado que actualmente rige vuestra Iglesia, os acordéis también del que erigió el altar y dedicó esta Basílica. Ahí tenéis, bellamente esculpido por Bávaro artista, á mi venerado Patrono, al glorioso fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola.

Mas basta ya. Tiempo es de remontar nuestro vuelo más alto, y de tratar de otra edificación más sublime.

Mi discurso será apropiado á las circunstancias (os diré de nuevo con San Agustín) siempre que contenga algo de edificante; siempre que las palabras que os dirijo, mientras el Señor os edifica interiormente, aprovechen á vuestras almas, y contribuyan á vuestro adelanto esj iritual. *Tunc autem sermo noster congruus erit, si in se aliquid aedificationis habeat, quod utilitati animarum vestrarum, Deo vos interiori aedificante, proficiat.* No os pese prestarme aún vuestra atención.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
II.

Si el Señor no edifica la casa (dice el Salmista) es vano el trabajo de arquitectos y obreros; en balde se afanarán príncipes y pueblos; sin provecho alguno se harán tesoros y se amontonarán materiales. *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.* Sus paredes caerán desplomadas, destruirá el agua sus cimientos, y los más ricos materiales formarán tan sólo despreciable muladar. Aunque millares de esforzados atletas se empeñen en guardar un castillo, una plaza, una nación, si el Señor no es quien la custodia perderán su trabajo atalayas y defensores. *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam.*

Tenedlo entendido oh fieles que os halláis congregados en derredor de vuestro Prelado! No son vuestros donativos, grandes ó pequeños, los que han edificado este templo de que estáis legítimamente orgullosos, sino la protección que os ha dispensado el Señor. No será tampoco un cuidado proveniente de meros sentimientos humanos, el que podrá conservarlo á la posteridad. Otros más sólidos han sido derribados á nuestra vista, ó destinados á usos indignos de la Casa de Dios. El Señor tiene que presidir á los trabajos de construcción, el Señor ha de ser el principal defensor y guardián del santuario. Si queréis que estas piedras, con tanto trabajo cimentadas, no se desprendan una á una del sagrado edificio, es menester que vosotros, piedras vivas del mis-

tico templo de Jesús, permanezcáis firmemente unidos, y fundados sobre el cimiento en que Cristo edificó su Iglesia.

Esta piedra fundamental, bien lo sabéis, es Pedro, príncipe del Senado apostólico, que persevera y vive, como dice San León Magno, en su sucesor el Romano Pontífice, y que habla, como exclamó á una voz el Concilio de Calcedonia, por la boca de León, lo mismo que aquél, Vicario de Jesucristo. Centro de la unidad católica, baluarte y fundamento de la verdad, el supremo Jerarca tiene derecho á nuestra obediencia y acatamiento, no sólo en aquellas cosas que nos manda creer bajo pena de anatema; sino en todo aquello que nos indique, nos ordene, nos manifieste. Roca inquebrantable, contra la cual se estrellan impotentes las olas de la mar agitada del mundo, y los vendavales del infierno, ni se conmove, ni sufrirá detrimento, por que una ó muchas piedras de las que sobre ella se apoyan, caigan ó se desmoronen. Quien perderá serán los desdichados que del catolicismo se separen, ya sea individualmente ó en masa, ya sea en grupos pequeños ó por naciones.

Yace abyecta y esclavizada la Iglesia cismática de Oriente. Ahoga, bajo la prosperidad material, sus amargas lágrimas, el protestantismo, dividido y subdividido en sectas hasta lo infinito, y viendo pulverizados sus principios, por causa de los mismos principios, tan disolventes y destructores, que sentó al empezar su ilegítima vida. Entretanto la Iglesia católica, á pesar de tan cruda guerra y tantas defecciones, sigue aumentando, sigue creciendo, sigue dilatándose. Ahora que se hacen tantos esfuerzos para daros á entender que la religión católica va pasando de moda, envejeciendo, desmoronándose; ahora que tantos ardides se emplean en estas regiones para obligaros á creer que las sectas protestantes son numerosas y fuertes y poderosas, mucho más que la religión verdadera; ahora que se os quiere arrojar polvo en los ojos trayéndoos por centenares, ya ministros anabaptistas, como el año pasado, ya maestras de escuela cuyo único mérito es profesar y enseñar la

herejía; ahora que de tal manera se trata de alucinaros y seduciros, sabed para vuestro consuelo que la Iglesia católica es más numerosa, no sólo que cada una de las sectas protestantes individualmente, sino que todas ellas juntas; no sólo que el judaismo ó el cisma griego, sino aun que el mahometismo; no sólo que el brahmanismo, sino aun que las diversas sectas de budhistas, taoistas, confucistas y demás infieles y paganos separadamente consideradas.*

Enorgulleceos de pertenecer á una Iglesia tan vasta, tan grandiosa, tan sólida; fundada por Jesucristo mismo sobre piedra, siempre extendiéndose, siempre dilatándose, siempre combatida y siempre triunfante de sus enemigos. ¡Oh, cuán dulce me es el pensar que la Iglesia de que individualmente sois piedras vivas, y en que colectivamente como Iglesia particular, como Iglesia mía, formáis sólido muro, es en verdad aquella Casa del Señor construida con firmeza sin igual, y bien cimentada sobre roca durísima! *Hæc est domus Domini, firmiter ædificata; bene fundata est supra firmam petram.*

¿Qué diríais si alguno intentara socavar los cimientos de este augusto templo, y sustituir la dura roca con arena movediza? Aunque fuera sólo pretexto de un experimento, aunque se os dijera que la moderna arquitectura no exige cimientos, y se os mostrara como prueba alguna choza de salvaje ó una de esas cabañas de madera tan comunes en la vecina República, estoy seguro que responderíais con una sonrisa de desprecio ó de lástima: ¡Una mole como la de esta Basílica sin piedra fundamental! Loco debe estar quien pretenda arrancar tan firme cimiento. Idos y dejad en paz esta casa fundada no en el aire ni sobre arena como las vuestras, sino sobre sólida roca; *bene fundata est supra firmam petram.*

Lo que vemos verificarse en las paredes de este templo (os diré de nuevo con S. Agustín) debe espiritualmente realizarse en vosotros mismos; *quod hic factum corporaliter videmus in parietibus, spiritaliter fiat in*

* Véase la reciente estadística de Juraschek-Innsbrük, 1884.

mentibus. Lo que responderíais al insensato que pretendiera dejar las elevadas paredes de esta gigantesca Basílica sin el indispensable cimiento, replicad á los que á cada instante os predicán que os separéis de la roca fundamental de la Iglesia, del Romano Pontífice y sus doctrinas. ¡Dejar la Iglesia de Jesucristo por sectas miserables fundadas por hombres, y por hombres viciosos! ¡Crear al primer aventurero recién llegado, más bien que al infalible Vicario del Señor! Desoir á nuestros legítimos Pastores, para escuchar la voz . . . de quién? De algún desconocido de esos que no han sabido, como los primeros misioneros que evangelizaron y civilizaron nuestro país, venir conforme al precepto del Evangelio, *sin sacco ni alforjas*; sino que han agudado el cómodo ferrocarril y la protección de católicos, renegados ó cobardes, para introducirse en una tierra cristiana que ni los llama ni los quiere; que en vez de predicar á los gentiles, tratan de apartar de sus prácticas religiosas á cristianos más observantes que ellos mismos de la moral evangélica; que en vez de la caritativa predicación que atrae prosélitos, sólo saben burlarse de las creencias del país que les da inmerecida hospitalidad, injuriar al sucesor de S. Pedro y á los dignatarios eclesiásticos, y lo que es más duro para un católico, blasfemar de la Madre de Dios y de los Santos que reinan en el cielo. ¡Ah! Dejar la Iglesia católica para correr en pos de semejantes aventureros, equivaldría á abandonar en medio del Océano una segura nave de alto porte, y acogerse á mal forjada balsa.

Hasta aquí ¡oh fieles que formáis mi Iglesia! puedo estar satisfecho de vosotros; y bien puedo decir de la Casa espiritual del Señor, de que sois piedras vivas: los cimientos son sólidos, la piedra fundamental es la que puso Jesucristo, bien asentado se halla el místico edificio sobre la roca inamovible del Sucesor de Pedro. *Bene fundata est supra firmam petram.*

Pero os lisonjearía abyectamente si os dijera que nada os hace falta. Estáis como el templo que acabo de bendecir: buenos son los fundamentos, bien construidas

se hallan las paredes, elevadas y majestuosas son las bóvedas; pero aún falta el coronamiento; se echa de menos el oro en columnas y piedras, es menester destruir una gran parte de la defectuosa fachada.

Para ponerme completamente orgulloso del templo místico que forma mi grey, sería menester que os adornara á todos el oro precioso de una tierna piedad y de la frecuencia de Sacramentos. Si para confesar nuestros pecados aguardamos á estar postrados en el lecho de muerte, si dejamos á Jesucristo encerrado en el tabernáculo sin visitarlo jamás ni menos recibirlo en nuestro pecho, ¿de qué nos sirve una fe meramente especulativa en su presencia real en la Eucarestia? ¿En qué nos diferenciamos de los herejes que la niegan?

Quisiera ver coronado vuestro místico templo con esa cúpula de la actividad cristiana, y del zelo por la gloria de Dios, que hace trabajar ardentemente por la dilatación de su reino; que funda escuelas y colegios para arrebatarse la generación naciente á la herejía y á la corrupción que no descansa, que no se desalienta, que nunca está ociosa. Mientras no estéis animados de tal espíritu, mientras creáis que para cumplir vuestro deber basta permanecer encerrados en vuestras casas, sin hacer nada ni afanarse por nada en favor de la religión, perded la esperanza de que prospere nuestra Iglesia como debiera; no os lisonjéis con la creencia de que haya nunca en estas comarcas esos vastos establecimientos de educación y beneficencia que el catolicismo, y sólo el catolicismo, sabe fundar y sostener.

Desearía sobre todo que vuestra fachada se renovase por completo. Aunque católicos en el fondo, veo muy pocos que se muestren tales franca y lealmente. Parece que tienen vergüenza de pertenecer á la religión que ha civilizado al mundo. Las ideas vertidas en el lenguaje, los términos empleados al hablar de Dios, de las virtudes cristianas, de la obediencia debida á la Iglesia docente, se toman más bien de la gerga de la revolución ó de la gerigonza del protestantismo, que del idioma dulce y claro del cristianismo. Si se trata de asociacio-

nes, mientras sobra quien se aliste paladinamente en clubs y sociedades de tendencias por lo menos poco cristianas, no es posible que se sostengan, entre varones, las conferencias de S. Vicente, el tercer orden de S. Francisco, ni esas otras piadosas cofradías que tanto recomienda el Padre Santo en su reciente maravillosa Encíclica sobre las sociedades secretas, cuya lectura y estudio no puedo menos que encareceros con todo el ahínco de que soy capaz.

Quiera el cielo que presto se terminen la fachada y cúpula de entrambos templos, el místico y el material. Entretanto, os diré, sirviéndome una vez más de las palabras del tantas ocasiones citado S. Agustín, demos gracias ardientes al Señor Dios Nuestro, de quien proviene todo dón perfecto, toda gracia singular: alabemos su bondad y munificencia con todo el ahínco de nuestro corazón, porque se dignó visitar las almas de sus fieles, y moverlas eficazmente á la construcción de esta santa Casa. Él les inspiró amor á este santuario; Él les suministró socorros para que pudieran contribuir á los gastos de la obra. Él movió la voluntad hasta de los más renuentes, Él secundó los esfuerzos de los hombres de buena voluntad y convirtió sus débiles tentativas en trabajos eficaces. *Fidelium suorum visitavit nimium, excitavit affectum, surrogavit auxilium, inspiravit necdum volentibus ut vellent, adiuvit bonae voluntatis conatus ut facerent.* De esta suerte el Señor, á quien se deben, no sólo nuestras buenas obras, sino los primeros buenos impulsos de nuestra voluntad, se dignó empezar Él mismo la fábrica santa, Él mismo la llevó á feliz término. *Ipse coepit, ipse perfecit.*

Hagamos igualmente gracias rendidas á la Mujer privilegiada, escogida entre todas para ser la Madre de su propio Creador. Ella nos ha protegido constantemente desde el cielo, ella ha velado por este su pueblo, y hoy nos permite consagrarle el templo que, merced á su poderoso auxilio, hemos podido erigirle. ¿Qué mejor modo de celebrar su gloriosa Natividad que dedicándole este mismo templo, y colocando su imagen en el tronc que le hemos levantado y desde el cual seguirá veland

por nosotros é interponiendo su influjo, para apartar de nuestras cabezas los castigos que reclaman nuestros pecados? Ella, de quien no sin razón canta la Iglesia que ha destruido en el mundo todas las herejías, *cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*, ella sea nuestro baluarte y nuestra defensa contra las sectas heterodoxas que pretenden sentar sus reales entre nosotros.

El ínclito S. Ignacio de Loyola, suscitado por la Providencia para poner coto á los desmanes de Lutero y sus secuaces, nos pague el nuevo culto que hoy empezamos á tributarle en estas fronteras, conteniendo los avances de los sectarios y librando de sus garras á nuestra juventud. Los Santos todos cuyas imágenes aquí veneramos intercedan por nosotros, y nos alcancen la gracia de que, terminado en toda su extensión este santuario, y perfeccionado el templo místico de nuestras almas, lleguemos un día á contemplar al Señor cara á cara en derredor del altísimo trono en que reina eternamente en el cielo.

ASÍ SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



005